



LECCIÓN PÓSTUMA

Carmen Dolores

Traducción de Julia Knop y Ana Martín Garrido

Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández

En el coche que se dirigía a casa de su amiga muerta, Madalena meditaba con melancolía, y se acercaba al busto todavía bello los encajes negros del vestuario de luto improvisado para ese inesperado trance.

Había muerto Valentina, su querida compañera de la infancia...Se había apagado de repente, en la víspera, esa dulce criatura pálida, cuya vida frágil, siempre enferma y siempre decaída, poco importaba desde hacía muchos años a sus más allegados, en ese centro familiar, rumoroso y alegre, donde se movían los hijos, las hijas, los yernos y las nueras de la actual finada, en su inconsciente egoísmo de seres jóvenes, sanos y activos. Y lo

principal, en apariencia, es que de toda esa gente joven, nacida de su sangre o fundida con su sangre, Valentina, en realidad, había pasado gradualmente a ser un cero a la izquierda, de una sensibilidad enfermiza que la aislaba, bajo el terror de los choques de la existencia común, y de una debilidad de carácter que sus continuas molestias iban siempre agravando. Tenía la figura demacrada de una monja. Andaba despacio, como si arrastrase dolorosamente los pasos, sin rumbo, sin objetivo. Y así fue como murió, discretamente, sin ruido, con un soplo de ave cansada, que encoge la cabeza bajo el ala y expira dulcemente, sin incomodar a nadie con la estridencia de una agonía aflictiva y prolongada.

Madalena evocaba ahora esa clase de mujer tristonja, la había conocido despreocupada en la infancia, poéticamente sentimental en la adolescencia, y finalmente abatida en los últimos tiempos y una sensación casi cobarde de escalofrío se mezcló al sentimiento natural de su afectuosa saudade.

¿Cuántos años podía tener Valentina? Solo cuarenta y seis, igual que ella, pues habían nacido el mismo año. Y, más nerviosa, Madalena se arrojó a un rincón del coche, dobló el cuerpo, para fijar la vista en el espectáculo de las calles en todo su jubiloso movimiento de las cuatro de la tarde. ¡Qué contraste con el desaliento de sus ideas! Y qué novedad, también, en medio de la apatía de sus días monótonos, siempre iguales, al fondo de esa casa de campo sombría por sus arboledas y que transpiraba la humedad de sus pérgolas podridas por las lluvias, donde ella olvidaba todas las risas de la vida por la inercia de sus hábitos, empujada poco a poco, casi sin sentirlo, hacia el aislamiento propio de quienes terminaron su papel en el mundo. Un relámpago brilló en las pupilas de Madalena, espoleado por un pensamiento súbito y cruel: ¡igual que Valentina!...es así como se resbala hasta caer en la muerte, sin reaccionar y sin vivir, en el verdadero sentido de esa palabra tan amplia.

Y, casi febril, se inclinó más ávidamente, exhausta de mirar, de mirar la ola popular extendida por las vías, en una ondulación creciente y vertiginosa.

El coche, que venía de Rio Comprido, iba por la nueva y brillante calle de Carioca, cortada por rápidos tranvías, con sus altas casas de aspecto europeo, tiendas de escaparates brillantes llenas de compradores, grupos revoloteando en ciertos puntos de la ancha calzada, junto a los postes de la parada de los tranvías, un aire de efervescente alegría en el azul del cielo, en la blancura luminosa de las fachadas de los edificios, en las vitrinas, en los artículos policromados expuestos a la venta, en las puertas, en la multitud pululando apresuradamente; en todo.

Junto al mercado de las flores, un obstáculo cualquiera detuvo un instante la marcha del coche, entre la trepidación violenta de toda clase de vehículos que se cruzaban, y Madalena aspiró, con un estremecimiento, el aroma vivo de las rosas blancas y rojas, de los claveles purpurinos y de las angélicas virginales que desprendían su olor de voluptuosidad entre los crisantemos y las dalias sin perfume. Pero el coche ya descendía hacia la plaza de Carioca, donde desembocaba toda una corriente popular que se diluía por las calles de Uruguaiana y Gonçalves Dias. El reflejo dorado del sol traía a los oídos el rumor de la vida tumultuosa de las calles y a la rutina la visión de la gracia experimentada de las mujeres que van de compras y que se paran en cada escaparate con un fulgor de apetito en la mirada, la falda remangada con arte, el pie bien calzado y nervioso. Madalena avanzaba sobre el asfalto mullido de la avenida Beira-Mar, y volvía a pensar en esa muerta que aguardaba en la inmovilidad suprema el último adiós en la tierra fría.

Poco después, muy pálida bajo la oscuridad del vestido de luto, contemplaba Madalena a su amiga de la infancia tendida sobre el túmulo, de oros lúgubres, entre unos candelabros del mismo estilo y esa cara tan lívida como la cera de las antorchas encendidas,

más reducida que el semblante de un niño, con los cabellos levemente grisáceos, peinados hacia dentro del túmulo, y una expresión de amargura en los labios finos y morados, esa cara difunta conmovió tan violentamente su alma que los sollozos la ahogaron en una crisis de nervios. No sabría decir por quién lloraba, si por la muerta, si por sí misma, y percibía una trágica comparación en sus destinos. Ambas ya habían cumplido su misión en la existencia y sin haber sabido salvaguardar la nota personal, que sirve como arma de defensa, instinto de conservación, en la segunda y melancólica fase de la vida de las mujeres.

Le venían a la mente, rodeados de lágrimas, fragmentos de cierta novela conmovedora de Tolstói, una gran ternura ingenua que lo había dado todo de sí, encontrando al final la ingratitud más dura, el aislamiento, el abandono...

Y un gran pavor se le subió al cerebro, recordando los acomodos, las transigencias que ella había ido aceptando contra su voluntad, por amor y por inercia. Se le apareció la casa de campo sombría, sintió el vagar de los días largos, se vio deambulando, llena de tedio, sin vida propia, entre la animación egoísta de sus más próximos, como ella, como esa que allí yacía entre falsos homenajes, ahora inútiles, de coronas, flores y galeones dorados...Y una reacción peligrosa surgió en su interior. ¿Como Valentina? ...¡no jamás!..Ella quería vivir y no morir. Aquello era una lección.

Matias, yerno de Madalena, fumaba, al caer la tarde, en la puerta del vestíbulo y contemplaba la belleza del ocaso, cuando vio caminar por la gran alameda de la finca, en dirección a la casa, un rostro de mujer que él, a primera vista, no reconoció.

“¡Pero si es tu madre!”, le dijo por fin a su esposa, volviéndose hacia dentro de la sala, atónito. Y en su tono había una extrañeza tan insólita, dado que el regreso de la suegra era perfectamente natural, que las hijas enseguida se levantaron y se acercaron a la puerta.

“¡Pero si es mamá!”, repitieron ellas, imitando inconscientemente el tono sorprendido de Matias.

Efectivamente, la silueta de Madalena parecía cambiada en sus líneas habituales. Ella, que era gorda e indolente, venía con un paso firme y decidido que aplastaba las hojas secas del camino. Había lanzado hacia atrás la *pelerine* de encajes negros, y en su cuerpo, todavía bien formado, estaba más joven, más viva, más esbelta. En el silencio curioso que la acogió, se puso a contar cómo había transcurrido el entierro de la pobre Valentina e insistía con rencor en la insensibilidad o excesiva resignación de toda la familia, que había hecho evidente el lugar mínimo que ocupaba bajo aquel techo la fallecida.

Y cuando, en ese punto de la narración, un nieto la importunó con insistencia, agarrándole del abanico o de los encajes, Madalena le dio con nerviosa prontitud, un cachete seco en los dedos. El pequeño lloró: los padres se miraron estupefactos; y la madre acabó comentando para aliviar el despecho:

“Esa señora Valentina, al final, no era más que una impresentable...”

Madalena, habitualmente paciente y tranquila, saltó de inmediato:

“¿Impresentable?...Tonta es lo que fue...”

Sorpresa general.

Cuando Madalena salió de la sala, Matias se dirigió a su cuñado Jorge, también casado, y con las manos en los bolsillos, sacudiendo misteriosamente la cabeza, esbozando un gesto desolado, murmuró...

“Han transformado a tu madre, ¿sabes? Aquí hay algo...”

Y lo había. Era un terror profundo dejado en el alma de Madalena por la impresión de la muerte de su amiga. Era una reacción, entretenida por la voluntad de huir de los vagos peligros, la que acribillaba día a día los impulsos de su natural y pasiva apatía,

intentando a veces retomar los antiguos derechos sobre su carácter. En esos momentos, entonces, Madalena corría hacia el espejo para examinarse; ya se veía más delgada, con la cara lívida y desvanecida de la amiga que no supo defender su carácter personal y murió anulada, como un trapo inútil. Y si, a esta hora, su hija o su nuera le anunciaban que iban a pasear, y le pedían que se quedase, como antes, con los niños, ella, deprisa, contrariaba el espontáneo asomo de condescendiente bondad y respondía que también tenía que salir. Y de hecho salía, para afirmar su independencia; andaba por la ciudad, para impregnarse, como si buscase un refuerzo para su energía relumbrante, del espectáculo de la vida activa de otras mujeres de su edad, del que bebía lecciones. Pero como Valentina nunca, ¡nunca jamás!

Y cierto día, ante la reprobación mal disimulada de los suyos, Madalena comunicó que se iba a casar con el señor Salgado, un cincuentenario todavía robusto, que le ofrecía la comunión de la simpatía contra los cercanos y comunes desalientos de la vejez solitaria.

Durante el enlace, mientras la novia, madura y satisfecha, juraba fidelidad a su futuro de cabellos grises, bien ostentoso en su traje solemne, Matías, hundido, susurraba al oído de su cuñado Jorge:

“Todo esto es obra fatal de la difunta Valentina...”

Y, con más rudeza:

“Yo, si resucitase, le metía un bastonazo...”

El hijo añadió con rabia:

“Yo haría más: asesinaba a esa desgraciada...”

Y volviendo su mirada turbia hacia las sedas lilas y ruidosas de su madre al pie del altar, concluyó entre dientes:

Lección Póstuma, Carmen Dolores

Traducción de Julia Knop y Ana Martín Garrido

“Esta mañana ha llevado una corona de pensamientos a la tumba de su amiga, para agradecerle la lección...”

Madalena, mientras tanto, segura y triunfante, iba diciéndole al señor Salgado, cuya calva relucía con las luces:

“Te recibo a ti...”

Era el derecho a la felicidad, proclamado por todo lo alto: era el derecho a la vida propia...

El texto original “Lição Póstuma”, de Carmen Dolores (1852-1910) se encuentra publicado en

Viana, L.H. y M.L. Guidin, *Contos de escritoras brasileiras*

São Paulo, Martins Fontes, 2003

Imagen: *O Jardim* de Anita Malfatti(1912)

En: Museu de Arte Moderna do Rio de Janeiro